

sabes, sordamente acusado de muchas cosas, sospechoso de desviacionismo, etcétera. Estaba legalmente dispensado y pensaba realizar varios viajes. Entonces me coloqué como traductor en la Oficina Holandesa, D.O.C., que fue, en cierto modo, la que inició la ofensiva democrática. Ciclostilamos textos para que sirvieran de material en las discusiones. Yo conocía los idiomas fundamentales —inglés, alemán, francés, italiano— y tenía a mi cargo las versiones. Vivía en Roma de mi trabajo. Un día, en la segunda sesión, descubrieron que tenía algo que decir y me pidieron una conferencia. Yo no hice más que leer mis apuntes de clase del seminario de Málaga. El impacto de esta lectura fue muy fuerte. El cardenal Meyer, ar-

allí. Y también por Latinoamérica.

G. R.—Sí, precisamente mis conferencias latinoamericanas están incluidas en este libro que acaba de aparecer. Asisti, en Asunción, a una reunión de consiliarios de movimientos universitarios de todo el continente, invitado como experto en teología por el «Celam». Participé en este congreso la «élite» del clero joven. Fue en mil novecientos sesenta y ocho. La mayoría de los asistentes habían conocido a Camilo Torres y estaban en su línea. Mi compañero de mesa, con el cual trabé una gran amistad, era Antonio Pereira, un cura brasileño que fue muerto a tiros por las fuerzas policíacas en una calle de Recife, poco después.

(González Ruiz me tiene



una foto en la que aparece con el padre Pereira. La reproducimos en esta página.)

—¿Cuál es la actitud del clero joven en Latinoamérica?

G. R.—Puedes figurártela: es una actitud socialista, que propugna la transformación radical de las estructuras socioeconómicas y, por tanto, de las estructuras políticas.

—En Chile, parece que la juventud demócrata-cristiana es partidaria de Allende.

G. R.—No me extrañaría. Siguen en la democracia cristiana porque les ofrece una etiqueta sociológica útil. Yo hablé con el clero joven de Santiago y puedo asegurar que

en su mayoría no está con la línea Frei. Plantean radicalmente todos los problemas. Hay un Manifiesto de la Iglesia Joven que les sirve de guía ideológica, donde se dice expresamente NO al desorden establecido y SI a una sociedad nueva. En Santiago experimenté la satisfacción personal de comprobar que mis libros han circulado muchísimo, sobre todo, entre este clero joven.

—Tú eres uno de los que, a nivel mundial, con más vigor han fomentado el diálogo entre católicos y marxistas. ¿En qué punto se encuentra en este momento?

G. R.—No sólo lo he fomentado, sino que también lo he llevado a la práctica en infinidad de ocasiones. En Roma he discutido largamente con Lombardo Radice, cuñado del dirigente Pietro Ingrao, como sabes. En Francia he celebrado numerosas reuniones con Garaudy y en Praga con Machovec...

—Pero, ¿es Garaudy ahora interlocutor válido?

G. R.—Esto iba a plantear. Roger Garaudy, en lugar de seguir la dirección «del anatema al diálogo» ha recorrido el itinerario inverso: del diálogo al anatema. Pero esto es lo de menos. Lo principal es que la problemática del diálogo se ha desplazado. Hoy se centra en Louis Althusser y, si se me admite, hasta en Henri Lefebvre...

(González Ruiz participó en el simposio de Burgos, donde leyó una ponencia en la sesión sobre la vida cotidiana.)

G. R.—En la actualidad, advierto en el diálogo dos niveles. Uno es el filosófico y en él se hace preciso separar por ambas partes lo que es ideología y, por tanto, no está verificado, y lo que constituye ciencia y es, en consecuencia, verificable. Esta separación resulta indispensable. La ideología no puede pasar por científica, ni lo científico salirse de su esfera propia...

—¿Y el segundo nivel?

G. R.—Es el de la praxis. En ella debe primar la cooperación y hay que admitir, sincera y profundamente, el pluralismo ideológico convergente. La ideología no se puede imponer, sólo se puede ofrecer. Hay que huir de toda clase de imperialismos ideológicos. ■ EDUARDO G. RICO.

Literatura infantil y colonialismo ideológico

De un tiempo a esta parte, el mercado español del «comic» infantil —no es preciso indicar que apenas existen «comics» destinados teóricamente a un público adulto— se ha visto invadido por dos colecciones de características muy similares: idéntico formato y presentación, precio equivalente (35 pesetas el ejemplar) y análoga procedencia ideológica; señalemos, además, como dato común a ambas series, que su principal destinatario no es la adolescencia, sino ese sector primario de la infancia que acaba de descubrir el universo mágico de la lectura. Me estoy refiriendo a las colecciones «Tele-Historieta» y «Dumbo».

La colección «Tele-Historieta» viene avalada por Hanna-Barberá Productions, Inc., firma norteamericana creadora de una nutrida nómina de héroes televisivos: los Picapiedra, Don Gato y su pandilla, el «sheriff» Tiro Loco, el león Melquiades, el oso Yogui... Por su parte, la colección «Dumbo» —en la que, junto a títulos nuevos, se incluyen «remakes» de viejos éxitos editoriales o filmicos— está respaldada por el casi mítico prestigio de Walt Disney; sus personajes también son habituales de la pequeña pantalla: el pato Donald, Daisy, el tío Gilito, Dumbo, el Lobo feroz y su hijo, los Tres Cerditos, Mickey Mouse, Goofy...

Pero lo que en televisión es mera impresión fugaz —aunque potenciada, es cierto, por la enorme eficacia de la imagen sonora—, aquí se convierte en objeto de reiterada meditación infantil. A los niños les gusta leer y releer cien veces la misma historieta; algunos pequeños lectores, impulsados quizá por su reciente acceso a la posibilidad de leer, se aprenden de memoria largos diálogos. Y a la postre, hablan del oso Yogui o del tío Gilito con la misma familiaridad que emplean para aludir a las realidades cotidianas que constituyen su auténtico «habitat».

Y esto es lo grave. Porque los personajes de Hanna-Barberá y Walt Disney —y sobre todo las pautas determinantes de su comportamiento social— no responden, ni por asomo, a

las realidades inmediatas de los niños españoles de nuestro tiempo. Los hábitos, actitudes, tópicos y prejuicios dichos personajes se ajustan a moldes ideológicos «mainstream» (como se dice en U.S.A.). Estos héroes juegan al fútbol, sino al béisbol; no comen tortilla de patata, sino copos de avena; van de excursión a un carrizal superpoblado, sino a fotogénico Parque Nacional habitado por osos feroces y un poco tontos. A un niño español le tiene que resultar bastante difícil establecer relaciones funcionales entre su propia madre y la Viltrix de los Picapiedra. El anecdotario de estos «comics» rara vez se entronca en los cauces de nuestra particular problemática.

Pero, al margen de esta borrosa adaptación geográfica, las colecciones de Hanna-Barberá y Walt Disney sustentan asimismo una axiología típicamente U.S.A. El tío Gilito, por ejemplo, es un personaje que se ha hecho «un multimillonario» tras haber heredado a casi todos los habitantes de Patoburgo (y, por supuesto, tras haber explotado sistemáticamente a su sobrino Donald); pues bien, aunque se censura su tacañería nunca se ponen en tela de juicio los métodos empleados para alcanzar la opulencia: condición de «self made man» (o de «self made duck», para ser más exactos) le hace inmune a toda crítica rigurosa; sustancial y en definitiva, el tío Gilito, explotado por antonomasia, se redime por sus gestos filantrópicos. El respeto a la monolítica inmovilidad de las estructuras sociales estatuidas —culto a los héroes oficiales, clasismo más o menos disfrazado, exaltación de virtudes cívicas (principalmente el orden constatación de la intrínseca bondad de los plutócratas) condena radical e indiscriminada de toda actitud anárquica...— es el denominador común de todas estas historias infantiles. Para colmo hasta Goofy (personaje tradicionalmente oteador de musarañas) se convierte, por obediencia y gracia de unas «supergranas», en Super Goofy, truhán pueril de tantos y tantos superhominidos de la mitología nacionalista yanqui. La lucha contra el mal en abstracto es, a fin de cuentas, una lucha concreta contra los enemigos del sistema: la sanción cruzada contra los no integrados. ■ SANTERBAS.